

de antemano las ideas estéticas y morales, además de darles el talento y los medios indispensables, los coloca en un ambiente á propósito para sus arduas labores. Este ambiente, alguna que otra vez ha sido un palacio; pero generalmente les ha señalado la soledad del claustro como á Tomás de Aquino; el forzado aislamiento de la ceguera, como á Homero y á Milton; los tristes ocios del destierro ó la cárcel, como á Dante Alighieri, á Camoens y á Miguel de Cervantes. La superioridad del *Quijote* sobre sus otras obras, muestra que la Providencia, siempre sabia, escogió bien el lugar en que había de concebirse un libro destinado á fines muy altos. Veamos ahora si Cervantes y su obra maestra han llenado de veras su misión providencial.

II

¿Qué mágico influjo ejercen los libros de caballerías, que desde que nacieron fascinaron á todos, y después de muertos todavía nos encantan? Nada tiene de elegante su estilo y, sin embargo, nos atrae; inverosímiles y absurdas son sus historias, y con todo embargan nuestra atención y se fijan en nuestra mente; equívoca, por no decir otra cosa, es su moral, y á pesar de todo, no nos causa espanto. Aun en este siglo tan positivista y prosaico, yo desafío al personaje más serio á entregarse, siquiera por unos meses, á su lectura, sin que se exalte su imaginación y le vengan ímpetus de embrazar la rodela, enristrar la lanza y acometer á imaginarios gigantes.

Si esto nos pasa aun á los hijos de esta generación desengañada y sin bríos, ¿qué impresiones no recibirían los de aquella época gloriosa, en que aún no se olvidaban las Cruzadas, estaban frescas las románticas lides en derredor de Granada, y caballeros andantes de otro género luchaban todavía en el Nuevo Mundo? Bien nos lo describe Santa Teresa en su gráfico estilo; y su propia escapada juvenil en busca del martirio,

¿qué otra cosa fué sino un conato de andante caballería? Víctima ella misma de la seducción de libros tan perniciosos como fascinadores, arremetió contra ellos con vigor. La siguió con ño menos denuedo Miguel de Cervantes Saavedra; y á dos lanzas manejadas por tales brazos, era imposible que pudieran resistir Amadís de Gaula ni Palmerín de Inglaterra.

¿A cuál de los dos campeones se debe principalmente la victoria? Si la mística escritora hubiera salido sola á la palestra, sin más pertrechos que la verdad desnuda y su pulcro lenguaje, es más que probable que no habría alcanzado mejor éxito que Melchor Cano, Malón de Chaide y otros insignes teólogos y predicadores. Como poéticamente lo dice Torcuato Tasso en el principio de su epopeya inmortal, el mundo entero corre adonde vierte más dulzuras el lisonjero Parnaso. Para hacer beber al niño enfermo amargos medicamentos, es indispensable untar con grato almíbar las orillas de la copa dorada. De igual suerte, para atraer á los esquivos, es fuerza revestir á la verdad con el ropaje de la ficción y las galas de la poesía. Así lo puso en práctica el mismo Tasso. Así lo hizo Miguel de Cervantes, y á esto debió el señalado triunfo, cuyos frutos no han podido borrar las vicisitudes de tres siglos.

Pero ¿será verdad, como le echan en cara ciertos críticos, que al dar la muerte á los libros de caballerías mató también el pundonor español? Protestemos muy alto contra esta censura, señores Académicos. «No he podido yo contravenir, nos dice Cervantes en

su prólogo, la orden de naturaleza, que en ella cada cosa engendra su semejante.» Fijémonos en esta preciosa confesión, aunque la interpretemos en sentido más lato del que se propuso darle el esclarecido padre del Quijote. Quiera ó no quiera, todo autor se retrata en sus propias obras; pero no en todas es igual la semejanza, ni en todas se reconoce en idéntica forma. Ahora bien; aunque una cosa es el retrato y otra la caricatura, cuando es hábil el pincel, bajo la caricatura se descubre el perfecto retrato. Despojemos á Don Quijote del yelmo de Mambrino y la celada de cartón; quitémosle la mirada vaga y los temas del desequilibrado (como hoy caritativamente se dice), y bajo el jubón y las calzas del hidalgo de la Mancha hallaremos á Cervantes, tipo perfecto del caballero español y de España misma, en sus mejores días. «¿Has visto (decía Don Quijote después del afortunado combate con el vizcaíno), has visto más valeroso caballero que yo en todo lo descubierto de la tierra? ¿Has leído en historias otro que tenga ni haya tenido más brío en el acometer, más aliento en el perseverar, más destreza en el herir, ni más maña en el derribar?» He aquí compendiada en breves frases la historia de Miguel de Cervantes y la historia de España.

¿Quién tuvo, en verdad, más aliento en el perseverar que Don Quijote y su cronista? Apaleado en su primera salida, no desmaya el Manchego. Apenas inaugura la segunda serie de sus hazañas, se ve derribado por los molinos de viento, apedreado por los ganade-

ros y los galeotes, colgado en la venta y enjaulado, por último, por los que él se figuraba encantadores. Si Kempis, en la Imitación de Cristo, nos consuela en los infortunios, diciéndonos que *tras de la noche viene el día y tras del invierno el verano y después de la tempestad viene gran serenidad*, el magullado caballero conforta á Sancho en la común desventura, diciéndole: «*Todas estas borrascas que nos suceden, son señales de que presto ha de serenar el tiempo.—Siempre deja la ventura una puerta abierta en las desdichas para dar remedio á ellas,*» le decía en otra ocasión, y todos sus razonamientos están impregnados de máximas cristianas, dignas de un Padre de la Iglesia.

¿Se sirvió Cervantes de estas mismas gráficas expresiones, cuando fracasó en su primera tentativa para escaparse por tierra de Argel, ó en sus posteriores esfuerzos para huir por mar, ó cuando fué descubierto en el subterráneo que servía de guarida á él y á sus compañeros de fuga? Sea como fuere, nos consta que puso en práctica tan sabios principios, y así no es maravilla que pintara á su héroe siempre impertérrito, siempre confiado en la Providencia divina, siempre indómito en los reveses de la fortuna.

Igualmente el arrojo que lo había distinguido en Lepanto y en Túnez, dió matices á su paleta para pintar al caballero Manchego con *brío sin igual en el acometer*. No cuenta jamás el número de sus enemigos, ni mide la fuerza de sus contrarios, ni se para ante las probabilidades del vencimiento. Con igual denuedo provoca

á los leones ó desafia á los molinos de viento; ni sondea la profundidad de la cueva de Montesinos, ni la del torrente adonde se lanza en el barco encantado; y con la misma sangre fría parte con su espada la almohada del vizcaíno, ó abolla con su lanza la coraza del caballero de los espejos. Este valor indomable y temerario es el que caracteriza á Don Quijote y á su autor; y ¿podré añadirlo? á la patria de entrambos. En su fiel pintura, más todavía que en las otras brillantes cualidades que distinguen al precioso libro, se me figura ver el secreto de su fama inmortal.

Dejemos la ficción y abramos las páginas de la historia. Siempre que España ha mostrado ese valor, que á falta de otro epíteto deberemos llamar *quijotesco*, ha llevado á cabo las empresas más gloriosas: cuando dejando el *quijotismo* se ha entregado á cálculos matemáticos y especulaciones prosaicas, la fortuna la ha abandonado. ¿Contó, por ventura, en las Navas y en Clavijo el número de los alfanjes enemigos, sus máquinas de guerra, sus irresistibles caballos? ¿Sondeó la profundidad del Océano ó mesuró la fuerza de los vientos, cuando con tres barquillas mandó á Colón á descubrir un mundo? ¿No fué *Quijote* Hernán Cortés, al lanzarse á conquistar un reino, y un reino que se figuraban en un extremo del Asia, con un puñado de aventureros? ¿No lo fueron igualmente Pizarro y Almagro al engolfarse en el Pacífico, con idéntica temeridad y fortuna? ¿Y Orellana, recorriendo el desconocido Amazonas en mal construida canoa, no repitió heroicamente

la aventura del barco encantado? ¿Y después de dos siglos, Liniers, defendiendo á Buenos Aires sin más elementos que su indomable valor, no dejó atrás á Suero de Quiñones y se mostró más invicto que cuantos héroes pudo inmortalizar la historia ó crear la fantasía de Miguel de Cervantes?

Y si de las armas pasamos al sayal y á la toga, ¿no fué *quijotismo* dar leyes que rigieran á esa multitud de reinos heterogéneos formados en el Nuevo Mundo? ¿No fué *Quijote* el Licenciado Gasca yendo á sujetar á los rebeldes conquistadores del Perú, sin más armas que la vara del magistrado? ¿No participaron de ese espíritu y de ese heroísmo los Venerables Jiménez de Cisneros y Juan de Palafox, acometiendo, cada cual en diferente hemisferio, la empresa de extirpar los abusos introducidos aun en el claustro? ¿No habría declarado *Quijotes* en el peor sentido, esta edad escéptica, á los doce primeros franciscanos que fueron á plantar con la Cruz en la Nueva España la civilización española? *Quijotes* ó no, lograron en aquel mundo un éxito tan rápido y completo como los primeros Apóstoles de Jesús en el antiguo Continente.

Por el contrario, las empresas en que ha faltado el *quijotismo* bien entendido, es decir, la fe ciega y el valor temerario, en que han predominado los cálculos y se ha marchado contra un enemigo débil é inferior en número, la Providencia ha abandonado á España. Dígalo, si no, la armada invencible de Felipe II, que más que en el poder de Dios, se fiaba en sus inconta-

bles bajeles. Díganlo otras empresas desgraciadas, más allá de los Pirineos hace varios siglos, en las islas del Mar Océano hace pocos años.

Esa fe y ese valor están guardados, como las tablas de la Ley en el arca de la alianza, en el libro inmortal de Cervantes. En él se condensa la historia de *lo que fué*, y el presagio de *lo que será*. Precioso en el fondo, es todavía superior en la forma; y no en vano constituye el consuelo de cuantos hemos heredado con la fe de Cristo el habla castellana; no en vano podemos decir con los Macabeos, y poniendo la mano sobre el Quijote: ¿para qué necesitamos de auxilios humanos, mientras conservemos nuestros libros santos? *Nullo horum indigemus habentes solatio sanctos libros.*

III

Cuando leemos, en cualquier idioma, el cántico de Moisés, el libro de Job, el cantar de los cantares de Salomón, aunque ni podamos gozar del ritmo del original, ni se halle la versión revestida con las galas de la métrica moderna con que la adornaron Fr. Luis de León, D. Fermín de la Puente, Evasio Leone y otros ingenios de España y de Italia, aun el profano se estremece con las vibraciones de la más sublime poesía. Otro tanto sucede con el *Quijote*, y no sin intención he comparado hace un momento el lenguaje de la Jerusalén Libertada con el del *poema*, como no vacilo en llamarlo, de Miguel de Cervantes. Hay en su prosa más poesía que en ninguno de nuestros vates. El divino Herrera, el maestro León, Rioja, Rodrigo Caro, Ercilla, Balbuena, Lope y Calderón, Tirso de Molina y Ruiz de Alarcón tienen versos altísimos, conceptos sobrehumanos, rasgos inimitables, que nos cautivan, nos arrebatan y embelesan. ¿Pero esta admiración llega, por ventura, hasta los que poco ó nada cultivan las letras? ¿Se recitan, acaso, las odas, los sonetos, las octavas, las redondillas de aquellos ingenios con la fidelidad, la perseverancia, el gusto, el deleite con que se

répiten los chistes, los adagios, los aforismos de Cervantes? Subid á los palacios de la corte, bajad á las chozas del pescador, cruzad el Océano en cualquiera dirección y llegad á los remotos antípodas, y veréis que dondè se ha echado quizás al olvido el Alcalde de Zalamea y el Infanzón de Illescas, donde ya no se acuerdan del nombre de Heliodora ni de las proezas de Bernardo, aún resuenan las del Manchego, y se invoca á Dulcinea, y se describe la batalla con los cueros de vino, y está fresca la memoria de los salomónicos juicios de Sancho en su ínsula característica.

Hay tal cadencia en los períodos de Cervantes, tal pulcritud en sus expresiones, tal armonía en sus frases, tal magia en su estilo, que sus palabras se nos graban sin dificultad y con ellas las escenas que describen, y con éstas lo que las mismas escenas significan. Si en su sangrienta sátira se hubiera servido del mismo lenguaje llano y cansado que caracteriza á los libros de caballerías, ni éstos habrían muerto ni Don Quijote viviría. Ahí tenemos la prueba en el Quijote de Avellaneda. Estoy seguro, señores Académicos, que más de una vez lo habéis leído. ¿Qué huellas ha dejado su lectura en vuestro ánimo tan culto como elevado? No vacilo en afirmar que hasta los nombres de D. Álvaro Tarfe y otros que allí se mencionan se habrían borrado de vuestra imaginación, si no se encontraran en la segunda parte del verdadero Quijote. En el del envidioso Aragonés, ni la fe cristiana, ni el pundonor español se traslucen á través de los vulgares episodios y disonante

estilo. Es que para Cervantes estaba guardada por la Providencia la empresa, no sólo de escribir la gran epopeya española, sino de dar su propio nombre al idioma castellano, y de vincularlo á las glorias más puras del cristianismo. He aquí por qué han hallado eco en todos nuestros corazones los célebres versos del Duque de Frías:

Ahora y siempre el argonauta osado
Que del mar arrostrare los furores,
Al arrojar el áncora pesada
En las playas antípodas distantes,
Verá la Cruz del Gólgota plantada
Y escuchará la lengua de Cervantes.

SEÑOR:

¿Me permitís en esta ocasión solemnísima una reminiscencia personal? Al empezar este siglo se hizo universal la feliz idea de plantar la cruz, á guisa de monumento á Cristo Redentor, en las alturas culminantes de uno y otro hemisferio. No podía yo dejar de seguir este movimiento, y enarbolé la mía sobre un peñasco (porque en los Andes, donde hasta las llanuras están á millares de pies sobre el nivel del mar, aun los montes se llaman peñascos), sobre un peñasco, propiedad nada menos que de unos vástagos de aquellos Cervantes conquistadores de Sevilla que emigraron al Nuevo Mundo, y de cuyo tronco germinó el autor del Quijote. Desde aquella eminencia, encomendé la guarda de la

Cruz á la religiosa familia, y le auguré que los albores del siglo XXI la encuentren allí arraigada, y escuchen en derredor himnos de triunfo, en el idioma que el gran Emperador llamó lengua de Dios, y el pueblo apellida lengua de Cervantes.

¿Se verificarán mis augurios? ¿Ó seguirá la tendencia á la desunión que hace tiempo se manifiesta en la raza española? . . . Buen agüero, por cierto, es la presteza con que todas las ciudades de la Península y todas las naciones de Europa han escuchado Vuestro llamamiento á estas fiestas seculares. ¡Qué satisfacción tan profunda debe experimentar Vuestro corazón generoso, al ver al pie del trono y en derredor de esta tumba á sus doctos representantes! ¡Cuán dulce para todos el poder mezclar vuestras lágrimas con las que han venido á verter sobre el sepulcro de Cervantes, como sobre los restos venerados de un padre común, los hijos de los remotos antípodas, que al terminar un siglo, más que de libertad de desengaños, más que de triunfos de reveses, más que de ventura de sueños no realizados, reconocen en el *Quijote* el vínculo de unión de cuantos hablan el idioma español, y en la Cruz de Jesucristo la única salvación de la raza latina!

A mí sólo toca dirigir al Eterno Padre, sobre esta venerada tumba, la misma plegaria que su Hijo Divino pronunció en medio de sus discípulos al terminar la última Cena. Señor y Dios mío, yo te ruego, no sólo por los presentes, sino por todos aquellos que con la lengua española han recibido ó recibirán en lo futuro el dón

de la Fe. *Non pro eis rogo tantum, sed et pro eis qui credituri sunt per verbum eorum in me.* Que unidos todos por el vínculo del Catolicismo, de la raza, de los intereses comunes, formen una sola entidad que infunda temor y respeto á las potestades de la tierra y del infierno: *ut omnes in nobis unum sint.* ¡Oh Dios! Tus enemigos, al ver el imperio español desmoronado, se burlan de nosotros y de tu fe. Vociferan que la Iglesia Católica y la raza latina, tienen que ceder el lugar á los conventículos de Satanás y á las naciones que te desconocen. Unenos de nuevo, ¡oh Señor! y muestra al mundo que, no por ambición ni por capricho, sino porque Tú los enviaste, vencieron nuestros antepasados al islamismo en Granada y en Lepanto; al paganismo en Otumba y en el Cuzco: *ut cognoscat mundus quia tu misisti.*

¡Almas benditas de los cultores de las letras españolas! Unid vuestras plegarias á las nuestras en favor de la unión tan apetecida. Teresa de Jesús, Juan de la Cruz, Luis de Granada: vosotros de seguro gozáis de gran valimiento en el cielo, y es imposible que vuestras súplicas queden desoídas. Unanse á ellas las de los otros ingenios, que si no brillaron por la santidad tanto como por la ciencia, sí poseyeron y propagaron la Fe. Nosotros, en tanto, no cesaremos de ofrecer el divino sacrificio por las ánimas aún detenidas en el purgatorio, y muy particularmente por las de nuestros conmlitones fallecidos en el actual quinquenio; por las de nuestros dos compañeros arrebatados en estos últimos días.

Dales, oh Señor, el eterno descanso, y haz que resplandezca sobre ellos la luz indeficiente de tu gloria.

Requiem æternam dona eis Domine, et lux perpetua luceat eis.

